

El taller como dispositivo de intervención social gerontológico en contextos de desigualdad

Por Sofía Wood

Sofía Wood. Trabajadora social. Becaria de investigación en posgrado Proyecto UBACYT “Vejececes desiguales y políticas públicas: Un abordaje desde la interseccionalidad entre edad, género y pobreza”, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Maestranda en Intervención Social, Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Buenos Aires. Especialista en Planificación y Gestión de Políticas Sociales, Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Buenos Aires. Docente de la Carrera de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Buenos Aires. Investigadora en Proyectos UBACYT y de Reconocimiento Institucional. Investigadora del Centro de Estudios de Ciudad, Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Introducción

El presente artículo fue elaborado en condición de trabajos parciales destinados a la producción de la Tesis “Intervención social con personas mayores en contextos de desigualdad. Un estudio sobre el dispositivo del taller” de la Maestría en Intervención Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires, en el marco de la Beca UBACYT de investigación en posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA¹ (Universidad Nacional de Buenos Aires, Argentina). En el mismo se aborda la construcción del taller como dispositivo de intervención social gerontológico en contextos de desigualdad.

En el análisis se considera una intervención social situada en un contexto latinoamericano caracterizado por la desigualdad como manifestación de la cuestión social. Es por esto que se comienza analizando los procesos históricos y políticos de producción de la desigualdad en América. La cuestión social nacional surge en los procesos de colonización europea en América, donde la diferencia trocó en desigualdad (Carballeda, 2010). Estos procesos impusieron el pensamiento eurocéntrico como legítimo para ver y entender el mundo, el que establece la civilización europea como superior. Se trata de procesos en los que, a partir de las diferencias en los procesos de envejecimiento, opera una naturalización de las desigualdades en la vejez.

Estas clasificaciones y visiones del mundo atravesaron los procesos de formación del Estado Nación argentino, así como las políticas públicas que diseñó e implementó. En la década del 70, con la instauración de dictaduras militares en América Latina, se implementaron políticas de corte neoliberal que se profundizaron en la década del 90.

La instalación de la lógica de mercado en el Estado no impone un orden simbólico ordenador sino que se dirige a un sujeto que solo tiene derechos de “consumidor” y no como ciudadano. La subjetividad neoliberal impone y legitima la mercantilización de las vejececes en un orden meritocrático que opera como base para el reconocimiento o negación de derechos, de manera que en estos procesos se produce una nueva fragmentación del lazo social y del lazo social

1 Proyecto UBACYT “Vejececes desiguales y políticas públicas: Un abordaje desde la interseccionalidad entre edad, género y pobreza”. Programación científica 2020. Directora: Dra. Romina Manes

intergeneracional, en los que los espacios de socialización y participación social de las vejees entran en crisis. En este sentido, desde la perspectiva decolonial se abordan los procesos de participación social de los mayores como actores sociales desarrollando prácticas de resistencia frente a este contexto, poniendo en cuestión los sentidos y prácticas hegemónicas.

A partir de este análisis se abordan los procesos históricos de construcción del taller como dispositivo de intervención social gerontológico en contextos de desigualdad, procesos que comprenden movimientos instituyentes que devienen en la institucionalización de una forma institucional. En ese sentido se desarrolla el proceso histórico que configura la construcción colectiva de un espacio tiempo que, desde las prácticas y de la propia voz de las personas mayores, se orienta hacia la generación de nuevos espacios de socialización, así como de recomposición del lazo social y del lazo social intergeneracional en particular.

Por último, se proponen unas reflexiones finales en torno a los procesos de construcción del taller como dispositivo de intervención social gerontológico en contextos de desigualdad, que expresan la participación social de las personas mayores en la disputa de sentidos frente a los viejismos, estereotipos y prejuicios instituidos, que comprenden movimientos instituyentes de nuevas prácticas y sentidos en la creación de una nueva forma institucional así como la construcción de un espacio tiempo que abre las condiciones de posibilidad de generación de procesos de deconstrucción de prácticas y sentidos hegemónicos y de construcción de otras prácticas y sentidos en torno a la vejez, contribuyendo a la desnaturalización de los estereotipos negativos en una construcción colectiva y situada.

Desigualdad en los procesos de envejecimiento desde una perspectiva latinoamericana

Los procesos de construcción del taller con personas mayores como dispositivo de intervención social se encuentran situados en un contexto latinoamericano caracterizado por la desigualdad. En ese sentido se aborda la desigualdad en los procesos de envejecimiento y la vejez como manifestación de la cuestión social latinoamericana.

Desde la perspectiva de los condicionantes sociales, la emergencia de la cuestión social nacional se asocia al momento de la colonización europea de América, donde la diferencia trocó en desigualdad (Carballeda, 2010). En ese sentido se aborda la emergencia de la cuestión social en el contexto latinoamericano desde la perspectiva decolonial (Quijano, 2007; Reygadas, 2012; Mignolo, 2010), situando estos procesos atravesados por una matriz colonial de poder capitalista que se funda en la imposición de una clasificación jerárquica étnica, de género, clase, edad -entre otros- de la población del mundo (Quijano, 2007). Dussel (1992) señala que es en estos procesos en los que Europa se construye como el “centro” del mundo, al tiempo que construye a América como la “periferia”. Así, la perspectiva eurocéntrica construye al otro no europeo como dominado bajo el control del conquistador, del dominio del centro sobre la periferia (Wood, 2022).

Desde los procesos de colonización a partir del momento de surgimiento de la cuestión social latinoamericana se impusieron las clasificaciones jerárquicas y el pensamiento de las epistemologías hegemónicas eurocéntricas como legítimos para ver y entender el mundo, categorizando a la civilización europea como superior. Se plantea a la raza blanca, su idioma, sus pautas culturales como superiores a todas las demás, que son de ese modo consideradas inferiores (Ansaldi, 1992).

Así, estas clasificaciones y visiones del mundo atravesaron los procesos de formación del Estado Nación en Argentina. De acuerdo con Svampa (2006), los procesos de formación del Estado Nación están atravesados por el mito de civilización-barbarie, construido por la ideología eurocéntrica. Plantea el concepto de la civilización como metáfora, en tanto remite a una determinada forma de alcanzar el progreso. De esta manera, el concepto de civilización también entraña su lado opuesto, la barbarie, aquel estado del cual provenía y al que había superado. Hacia el siglo XIX el término también fue utilizado para designar la alteridad; así, bárbaro es un vocablo a través del cual no se define sino que se califica al otro, estigmatizándolo como salvaje, atrasado, de manera que resulta un término que jerarquiza y pondera un pueblo sobre otros. La civilización, representada por la sociedad europea cargada de sacralidad, demoniza a su antónimo. La civilización se legitimará por la estigmatización de su contrario.

Este pensamiento constituye una estructura de sentido que va construyendo el relato hegemónico en la construcción de identidades nacionales en las que las elites dirigentes se plantean a la sociedad europea como modelo a seguir para alcanzar la civilización y por lo tanto el progreso. Aparece la civilización europea asociada al “progreso” frente a la “barbarie” de los pueblos originarios, que son demonizados asociados al “salvajismo”. En este sentido, Jauretche plantea un proceso de colonización pedagógica por medio del cual se imponen determinados valores - europeos- como universales que refieren un ideal que no es propio (Jauretche, 1992).

De tal modo, el relato nacional producido por las elites dominantes construyó a los pueblos originarios desde la imagen del bárbaro interior, lo que sustentó y legitimó la exclusión y eliminación física, cultural y simbólica de los pueblos originarios en tanto representaban la posibilidad de la amenaza al orden de las cosas, la amenaza de destrucción de los principios morales y culturales desde el seno mismo de la propia sociedad. En estos procesos, ese otro es concebido como problema en tanto “problema indígena”, “inmigrante” o “negro” (Ansaldi, 1992). Se trata de una clasificación jerárquica que naturaliza la desigualdad a partir de la diferencia. Resulta relevante destacar que el mito de la civilización única y la barbarie original se fue transmitiendo por siglos y todavía continúa vigente. Stavenhagen plantea su vigencia a través de diversas reactualizaciones mediante las que fue adquiriendo diversos sentidos que, si bien en algunos momentos puede prevalecer uno u otro, se encuentran interrelacionados.

De esta manera, el mito refiere a la incapacidad de los pueblos originarios, así como también a su inferioridad en términos de raza. Asimismo, desde una visión esencialista de la cultura, se representa la “barbarie” en términos de una cultura atrasada que implica un obstáculo para el progreso (Stavenhagen, 2010). Se construyó un relato en el que toda diferenciación es percibida como negativa y ciertas categorías identitarias (aborígenes, negros, inmigrantes limítrofes) invisibilizadas en el proceso de nacionalización (Mera y Vacotti, 2013). Estos significados atravesaron el diseño e implementación de políticas que fueron concebidas desde pensamientos ajenos a la realidad latinoamericana por fuera de los procesos históricos e invisibilizando la diversidad de formas de ser y estar en el mundo.

Con la complejización de las sociedades y el proceso de consolidación del sistema capitalista, patriarcal y colonial, las reactualizaciones del mito se hacen más confusas y adquieren nuevos sentidos. Esta estructura de pensamiento único vinculada a la construcción de relaciones sociales capitalistas, patriarcales y coloniales construyó la vejez en términos homogéneos y asociada a estereotipos negativos como improductiva, como pasiva, convirtiéndola en un obstáculo para el progreso y, por lo tanto, naturalizando su expulsión de los medios productivos. Desde estas aproximaciones es posible considerar que en estos procesos se construyen sentidos y significaciones biologicistas, estáticas y ahistóricas en torno a la vejez que naturalizan y legitiman

la desigualdad en la vejez a partir de la expulsión social de las personas mayores por el solo hecho de ser viejas.

Ahora bien, desde la perspectiva de la interseccionalidad se ponen de manifiesto las relaciones de poder en la construcción de la idea de un orden social naturalmente dado. Como señala Yuval-Davis (2013), el concepto de interseccionalidad tiene una larga historia; en la reconstrucción de sus orígenes cita el libro de Bell Hooks (1981) titulado “¿Y acaso no soy una mujer?”, en el que rechazaba la homogeneización de la opresión de las mujeres por parte de las feministas blancas. El título recoge la pregunta expresada por Sojourner Truth, una mujer negra liberada de la esclavitud, quien en su campaña durante la convención de Derechos de la Mujer en 1851 en Akron, Ohio (EE. UU.) -tanto por la abolición de la esclavitud como por los derechos de la mujer- argumentó que dada su posición en la sociedad, trabajaba arduamente, soportaba pesadas cargas, pero esto no la hacía menos mujer ni menos madre que las mujeres de orígenes privilegiados que eran construidas como débiles y con necesidad constante de ayuda y protección como resultado de lo que la sociedad consideraba debían ser las características ‘femeninas’ (Brah, 2013; Yuval Davis, 2013). Asimismo, aunque el concepto de las divisiones sociales y el de la articulación de los diferentes ejes de poder han circulado durante largo tiempo, el término interseccionalidad fue acuñado por la feminista negra estadounidense Kimberlé Crenshaw, teórica del derecho contra el racismo legal, quien en su artículo en 1989 identifica las bases de su propuesta en el discurso de Sojourner Truth (Brah, 2013; Yuval Davis, 2013; Sales Gelabert, 2017). En su texto discute temas relacionados con el empleo de las mujeres negras en los Estados Unidos y la intersección de asuntos de género, raza y clase en su explotación y exclusión. Como señala Yuval Davis (2013) en referencia a lo que puede considerarse como un análisis interseccional, el concepto fue desarrollado también más o menos al mismo tiempo por varias feministas europeas y poscoloniales. En ese sentido, cabe destacar que desde sus orígenes el concepto ha sido objeto de debates, aún vigentes, generando nuevos interrogantes y produciendo nuevos desarrollos teóricos desde diversas perspectivas epistemológicas así como diferentes críticas, dando lugar a una amplia y diversa producción teórica en distintos momentos y latitudes (Brah, 2013; Yuval Davis, 2013; Zapata Galindo, García Peter, Chan de Avila, 2013; Sales Gelabert, 2017)

Las diferentes producciones expresan el énfasis en el carácter relacional de los procesos sociales en la producción y reproducción de la desigualdad. El concepto de interseccionalidad pone de manifiesto críticamente las relaciones entre los diferentes ejes de poder en procesos que configuran grupos oprimidos y privilegiados de la sociedad. Como considera Sales Gelabert (2017), los diferentes desarrollos en las últimas décadas han insistido en la necesidad de considerar que la realidad social es relacional, constituida por múltiples ejes de relaciones asimétricas de poder que configuran posiciones diferenciales produciendo situaciones de vulnerabilidad y situaciones de privilegio. Se trata de relaciones sociales en las que se configuran las disputas de distribución del poder, del sentido que adquieren las categorías relacionales y las interrelaciones entre ellas. Es posible considerar la relevancia de análisis que permitan “vislumbrar las diferentes formas de articular políticamente las diferentes relaciones de poder que descubre el concepto de interseccionalidad” (Sales Gelabert, 2017:254). Como señala Yuni (2015), los aportes de las corrientes feministas permitieron complejizar la perspectiva de análisis al poner de manifiesto las articulaciones entre sistemas de dominación “en particular del patriarcado y del Estado a través de las políticas públicas” (pp. 326); de esta manera, el concepto de interseccionalidad permite develar el carácter relacional en los procesos de desigualdad en la vejez, en virtud de lo cual no solamente descubre la diversidad y heterogeneidad en los procesos de envejecimiento y en las formas de pensar, significar y habitar la vejez, sino los condicionamientos diferenciados de portar y disputar significados y espacios dentro de la vida social (Yuni, 2015). Por el solo hecho de ser viejas, los

procesos de exclusión y expulsión de espacios sociales adquieren características particulares en las formas de ser transitados, construidos, significados y habitados por las personas mayores en relación con la configuración de sus posiciones subjetivas y objetivas en torno a las vinculaciones entre los ejes de poder de género, raza/etnia y clase social, profundizando y complejizando los procesos de desigualdad en la vejez en tanto nuevas manifestaciones de la cuestión social, “Así ser anciana, pobre, analfabeta y campesina configura ciertas expectativas, condiciones y posibilidades de experimentar la vejez, ampliamente diferenciadas de las que se generan como anciana de clase media alta, con niveles educativos medios y altos que reside en un núcleo urbano” (Yuni, 2015:327). Como señala el autor, no se trata solo de una cuestión de acceso a bienes culturales sino de acceso a los recursos de la salud, de la seguridad social, de inserción y participación en las relaciones de producción y reproducción de las condiciones de existencia.

Estos procesos complejizan y dificultan el acceso a los medios de subsistencia, así como implican la negación en el acceso a derechos. A su vez, este pensamiento construye procesos intersubjetivos en los que circulan estas construcciones de sentido en torno a las vejez que se extienden a la vida social en su conjunto expulsándolas de diversos espacios sociales, tanto de participación como de toma de decisiones. Se trata de procesos de producción de la desigualdad en los que muchas voces fueron silenciadas y ciertas vejez fueron invisibilizadas (Wood, 2022).

Situando la participación social de las personas mayores desde la perspectiva decolonial

Los conceptos de geopolítica y corpopolítica del conocimiento surgen de los contextos invisibilizados por la teoría eurocéntrica, develando el privilegio epistémico occidental que denomina y clasifica como lugar de no pensamiento al otro, al cuerpo racialmente marcado “Desde un punto de observación neutral y desapegado el sujeto conocedor delinea el mundo y sus problemas, clasifica pueblos y los proyectos que son buenos para ellos” (Mignolo, 2010:9).

La concepción e implementación de ciertas políticas por parte del Estado en nuestras realidades se encuentran atravesadas por las clasificaciones jerárquicas eurocéntricas pensadas desde el contexto que “tiene” el pensamiento para ser implementadas en los contextos de los cuerpos sin ideas. En efecto, Mignolo plantea que “el primer mundo tiene conocimiento, el tercer mundo tiene cultura; los nativos americanos tienen sabiduría, los angloamericanos tienen ciencia” (Mignolo, 2010:10) Así, esta clasificación jerárquica opera como base para el reconocimiento o negación de derechos, estableciendo quiénes pueden ser sujetos de derechos.

Tal como ya se dijo, con la instauración de dictaduras militares en América Latina en la década del 70 se implementaron políticas de corte neoliberal que se profundizaron en la década del 90. En este contexto neoliberal se produjo el debilitamiento del Estado Nación como organizador simbólico de la sociedad.

La instalación de la lógica de mercado en el Estado no impone un orden simbólico ordenador sino que se dirige a un sujeto considerado “consumidor” como contrapuesto a ciudadano. Este debilitamiento del Estado Nación es la caída de toda narrativa de anclaje modificando el suelo de constitución subjetiva. Las formas de producción de la subjetividad se inscriben en condiciones sociales y culturales específicas. Lo intersubjetivo circula en el lazo social, se constituyen sentidos que a su vez fundamentan determinadas prácticas como legítimas. De esta manera, la implementación de políticas neoliberales impone al mercado como institución organizadora central y en ese sentido, los procesos de mercantilización son los procesos que organizan la vida cotidiana, la concepción legítima de cómo deben ser las vidas. En las sociedades capitalistas, una vida

ordenada es una vida que se encuentra mercantilizada (Danani, 2009).

En efecto, las políticas sociales pueden ser definidas como aquellas intervenciones específicamente sociales del Estado en tanto intervienen directamente en las condiciones de vida y de reproducción de la vida de distintos sectores y grupos sociales (Danani, 2009). Se trata entonces de un proceso por el cual se construye la vida en común en virtud de discutir sus condiciones, reglas y transformaciones en un movimiento permanente. Desde esta conceptualización es posible considerar a las políticas sociales gerontológicas en términos de aquellas intervenciones específicamente sociales del Estado que intervienen directamente en las condiciones de producción y de reproducción de la vida de las personas mayores situadas en un contexto sociohistórico. En las condiciones mencionadas, la subjetividad neoliberal impone y legitima la mercantilización de las vejez en un orden meritocrático. En un contexto de creciente privatización del Estado se desmantela el sistema solidario de previsión social, imponiendo el sentido meritocrático sobre el acceso a la jubilación, de manera que en estos procesos se produce una fragmentación del lazo social que asimismo implica una fragmentación del lazo social intergeneracional produciendo una mirada individualista y mercantilista de la vejez. Esto implica que no se trata de un sujeto constituido alrededor de un sistema compartido sino de un sujeto que se define a partir de sí mismo, un sujeto fragmentado, despojado del lazo social. Al perder su poder de enunciación, aparece como desinvertido de sentido, como lugar simbólicamente destituido, generando una imposibilidad de instalar alguna condición subjetiva de posibilidades. Es decir que a la imposición del retiro del mercado de trabajo se agrega la dificultad para el acceso a la jubilación mediante la fragmentación institucional del sistema solidario de previsión social, fragmentando asimismo el lazo social intergeneracional, situación que genera a su vez la dificultad de la satisfacción de las necesidades produciendo la expulsión de las personas mayores de diversos espacios de participación social. Se trata de procesos que reproducen los estereotipos que relacionan el envejecimiento con la enfermedad, la improductividad y la pasividad. Esta clasificación jerárquica opera como base para el reconocimiento o negación de derechos, estableciendo quiénes pueden ser sujetos de derechos. Así, ciertas vejez quedan expulsadas del proceso social negando su participación en el trabajo socialmente producido (Wood, 2022).

En estos contextos neoliberales emergen nuevas formas de expresión de la cuestión social. En efecto, las problemáticas sociales complejas irrumpen en un mundo en el cual el mercado aparece como el gran disciplinador, surgen en una tensión entre necesidades y derechos, la diversidad de expectativas sociales y un conjunto de diferentes dificultades para alcanzarlas (Carballeda, 2008). Las problemáticas sociales complejas dan cuenta de una serie de problemáticas transversales que sobrepasan la especificidad de cada institución y hasta el sentido de la intervención (Carballeda, 2008). Los espacios de inserción para las vejez entran en crisis allí donde los procesos de exclusión van cerrando cada vez más espacios de socialización de las personas mayores. Es en estos espacios de socialización donde se construyen los procesos subjetivos con el otro, de identidad y pertenencia.

No obstante, frente a estas situaciones de exclusión y expulsión, las personas mayores desarrollan diversas estrategias y prácticas que se orientan hacia la búsqueda de construcción de diversas formas de participación social. Al respecto resulta relevante reflexionar y recuperar la diversidad de prácticas de participación social que se configuran muchas veces como prácticas de resistencia frente a las desigualdades crecientes en la sociedad, poniendo en cuestión esta construcción hegemónica de la vejez.

En efecto, los aportes de las perspectiva interseccional y decolonial permiten abordar no solo la clase social sino también las clasificaciones de género, raza y territorio, poniendo de manifiesto

que la producción y reproducción social cotidiana de la sociedad no se reduce únicamente al aspecto económico ligado directamente con el trabajo productivo en el mercado de trabajo formal sino que también coexisten en forma simultánea otras formas de trabajo que conforman también el trabajo socialmente producido. Pensar la desigualdad en torno a la categoría de género permite considerar los procesos a partir de los cuales se naturaliza la desigualdad de género desde que es la mujer -mayoritariamente- la responsable de realizar el trabajo doméstico y de cuidado, lo que se invisibiliza como trabajo y por lo que no es reconocido ni remunerado.

Asimismo, estos trabajos continúan más allá de la edad. En su trayectoria de vida, muchas veces las mujeres han transitado los procesos de envejecimiento realizando trabajo de cuidado y tareas domésticas sin remuneración y sin los derechos propios de un trabajo formal. También coexisten procesos en los que las personas mayores continúan realizando distintos tipos de actividad, incluso en el mercado formal de trabajo; es decir que van transitando distintos procesos de envejecimiento en tanto no constituye el mismo envejecimiento para un empresario que continúa dirigiendo su empresa más allá de los 65 años que otro tipo de trabajo en el que después de los 65 años se le impone dejar de “ser productivo” siendo expulsado del mercado formal, así como también coexiste el trabajo no registrado, en el que no se contemplan los derechos laborales, por lo que se transitan procesos de envejecimiento sin acceso a determinados derechos.

Hablamos de procesos de envejecimiento desiguales que configuran distintas situaciones de ser personas mayores. A su vez, estas clasificaciones van configurando e imponiendo como hegemónico a un determinado ser persona mayor que se presenta como única forma válida. Es aquel que transitó su trayectoria de vida en el mercado de trabajo formal y que luego de los 65 años puede y debe satisfacer sus necesidades a través del mercado. De esta manera se invisibilizan otras vejez que, con distintas trayectorias, no alcanzan a satisfacer sus necesidades en el mercado, siendo responsabilizados por la situación que atraviesan. Se va configurando un campo de luchas simbólicas en el que se disputan sentidos y significados en torno a la concepción de la vejez, estableciendo una vejez como hegemónica e invisibilizando otros procesos de envejecimiento que, de esta manera, quedan excluidos profundizándose las desigualdades en las vejez. La desobediencia epistémica (Mignolo, 2010) implica poner en cuestión el privilegio epistémico del sujeto de enunciación occidental, volver a ligar el cuerpo a la idea visibilizando otras formas de ser, ver, pensar y estar en el mundo. Es por esto que es posible pensar que no se trata de una única vejez válida enunciada desde otro contexto, sino de una diversidad de procesos de envejecimiento social e históricamente situados.

Develar el privilegio epistémico del sujeto de enunciación occidental permite considerar la construcción de otros lugares de enunciación, que a su vez ponen en cuestión esta mirada única encarnada en el sujeto hombre, blanco, europeo, heterosexual y joven. Se trata de disputas de sentidos en las que las personas mayores también participan. Como mencionaba anteriormente, la producción y reproducción de la sociedad, la construcción social de la vida cotidiana, no se restringe únicamente al aspecto económico. Las personas mayores participan de estos movimientos tanto a través de procesos de acción colectiva, producción cultural y simbólica, como a través de procesos productivos ya sea formales, no registrados e invisibilizados. Los movimientos de DDHH como Abuelas, Madres de Plaza de Mayo e Hijxs expresan una historia de lucha colectiva por los derechos humanos y una producción simbólica que atraviesa los procesos de envejecimiento en la sociedad, es decir que abarca no sólo a las personas mayores sino también a jóvenes y niñas.

Es posible considerar entonces a las personas mayores como actores en la producción y reproducción de la sociedad, entendiendo a los actores sociales como sujetos históricos,

“se trata de los portadores, con base material o cultural, de acción individual o colectiva que apelan a principios de estructuración, conservación o cambio de la sociedad, que tienen una cierta densidad histórica, que se definen en términos de identidad, alteridad y contexto, que se involucran en los proyectos y contraproyectos” (Garretón, 2001:13).

Es posible afirmar que no se trata de un sujeto activo en la juventud y pasivo en la vejez como instancias estáticas y aisladas de la historicidad, sino que se trata de procesos sociohistóricos y culturales, procesos de envejecimiento que atraviesan la vida en sociedad en su conjunto y que van produciendo y reproduciendo la sociedad a través de las disputas de sentidos y significados.

Desde la consideración de las personas mayores como actores en la producción social de la sociedad que disputan estos sentidos y significados, participan por lo tanto en los procesos de transformación social, entendiendo, de acuerdo con Matus, que

“la estrategia es un juego entre pocos y esos pocos son creativos e innovadores. Esos jugadores, denominados actores sociales son los productores de cambio, los que procesan o ignoran las teorías que se les ofrecen para entender la realidad que habitan, los que crean visiones diferenciadas. Son relevantes en tanto no existe realidad social que carezca de ellos” (Matus, citado en García Godoy, 2016:1).

En virtud de estas reflexiones es posible considerar a las personas mayores como sujetos producidos, pero también productores de la sociedad. Garretón plantea en el análisis de la constitución de actores que “su constitución e interacción, y los procesos socio-políticos son vistos como creaciones históricas de esos actores y no como resultantes ineluctables de factores o fenómenos estructurales de los que los actores son simples portadores o reproductores (Garretón, 2001:13), de manera que las personas mayores no son meros reflejos de la estructura social sino que en su diversidad participan a la vez en su producción.

Es posible considerar que la participación social situada de las personas mayores se orienta a dar cuenta de procesos caracterizados por la diversidad y heterogeneidad en la vejez situada en las interrelaciones entre configuraciones estructurales y subjetivas, donde se manifiesta la construcción de una diversidad de prácticas y sentidos en las formas de habitar la vejez. Es dentro de los límites socialmente estructurados que las personas mayores recurren a diversas instituciones, toman decisiones y construyen la vejez como momento del curso de vida, desplegando diversas estrategias de participación social a la vez que construyen diversos sentidos en torno a las formas de habitar esa vejez. Es posible considerar que los procesos de envejecimiento condicionan el momento de la vejez, pero no la determinan. En efecto, se trata de límites y posibilidades que se encuentran en movimiento, en construcción y disputa permanentes.

Construcción colectiva del taller como dispositivo de intervención social

Los procesos de construcción del taller como dispositivo de intervención social gerontológico en contextos de desigualdad se vinculan con configuraciones de relaciones sociales en la disputa de sentidos sobre el envejecimiento y la vejez con implicancias en el cuestionamiento de un orden social naturalmente dado. En efecto, se trata de procesos en los que las personas mayores participan en la construcción y producción social expresados en movilizaciones, demandas colectivas y movimientos instituyentes de nuevas prácticas y sentidos. El abordaje y visibilización de los

procesos sociohistóricos en la construcción de espacios de participación social de las vejeces implica poner en cuestión la concepción homogénea de la vejez y la asociación con prejuicios y estereotipos vinculados a la pasividad, improductividad y enfermedad. La creación e implementación de este dispositivo da cuenta de procesos que se configuran en la interrelación entre los sentidos y prácticas profesionales e institucionales desde la perspectiva de derecho y los sentidos y prácticas de las propias personas mayores en relación con sus demandas de participación en la sociedad (Ludi, 2012; Martínez, 2003; Paola, 1998). En efecto, los procesos de creación de este dispositivo expresan estas disputas en torno a los espacios participación social de las personas mayores, comprenden experiencias pioneras en distintos territorios, instituciones y momentos históricos que si bien expresan una diversidad en sus desarrollos, implican procesos que se relacionan con demandas y acciones de movilización de las propias personas mayores en términos de un cuestionamiento frente a lo dado (Ludi, 2012; Martínez, 2003; Paola, 1998; Monk, 1997).

Al respecto, en los procesos de intervención social subyacen formas de pensar y ver el mundo que se sustentan en epistemologías desde las cuales se comprende y explica a la sociedad y los sujetos y a partir de las cuales se interviene en la realidad para transformarla, considerando la relación dialéctica entre la teoría y la práctica en los procesos de intervención, mediante la cual se establece un diálogo permanente entre ambas en la comprensión y acción sobre la realidad. En este sentido, De Sousa plantea que en el contexto actual se produce una relación fantasmal entre la teoría y la práctica, en tanto

“se ha propuesto una serie de alternativas con sujetos históricos conocidos, pero realmente quienes han producido cambios progresistas, en los tiempos más recientes, han sido precisamente grupos sociales totalmente invisibles para la teoría eurocéntrica, esto es, las mujeres, los indígenas, los campesinos, los gays y lesbianas, los desempleados. Así, se ha negado el proceso histórico a un conjunto de gente, de actores” (De Sousa, 2011:15).

Reflexionando sobre este planteo, es posible considerar inscrita a la desigualdad en las vejeces dentro de estos grupos sociales invisibilizados, es decir las personas mayores como sujetos que quedan invisibilizados en su participación en la producción, reproducción y transformación de la sociedad. En este sentido, quedan invisibilizados como sujetos históricos sociales y por lo tanto, para la construcción de alternativas. En los procesos de intervención profesional es posible considerar los aportes de la teoría decolonial que permitan reflexionar, recuperar otras formas de ver y pensar el mundo que se orienten a visibilizar estos distintos procesos de envejecimiento, aportando de esa manera a la problematización y desnaturalización de estas clasificaciones jerárquicas eurocéntricas que imponen una única vejez como válida, en la que, en el mismo movimiento, otras vejeces son responsabilizadas, invisibilizadas o expulsadas del proceso social. Siguiendo a De Sousa, “Las epistemologías del sur reflexionan creativamente sobre esta realidad para ofrecer un diagnóstico crítico del presente que, obviamente, tiene como su elemento constitutivo la posibilidad de reconstruir, formular y legitimar alternativas para una sociedad más justa y libre” (De Sousa, 2011:14). Así, los aportes de las teorías decoloniales nos invitan a pensar la construcción colectiva de procesos de intervención social que visibilicen, recuperen la voz y participación de las personas mayores en la construcción de otros sentidos hacia la transformación de las desigualdades (Wood, 2022).

Como antecedente de la creación de espacios de participación social de las personas mayores se encuentran las primeras organizaciones sindicales y mutuales de la sociedad civil conformadas por personas mayores, así como espacios educativos a partir de la década del 50 cuando el país pasa a formar parte de los países envejecidos (Fassio, citado en Ludi, 2012, Yuni, 2009). En el marco de la

política social gerontológica se encuentra la creación de los centros de jubilados y pensionados, así como diversas “asociaciones de la tercera edad” impulsados por el Estado que actuó como promotor de la aparición de las organizaciones de personas mayores, especialmente de los centros de jubilados y de asociaciones desde organismos gubernamentales (Ludi, 2015). Estos antecedentes dan cuenta de la participación social de las personas mayores como proceso histórico en el que las vejezes de cada momento histórico se movilizan hacia la construcción de espacios sociopolíticos y, por lo tanto, nuevas formas de habitar la vejez. Es posible considerar que comprenden bases de creación institucional habilitando la construcción y ampliación de nuevos espacios para las personas mayores, dando cuenta de las vejezes como actores en la construcción del proceso social.

Entre esos espacios se inscribe la construcción del taller como dispositivo de intervención social gerontológico. Al respecto, el término taller proviene de la palabra francesa “atelier” que significa estudio, obrador, oficina. De esta manera hace referencia a un lugar donde trabaja un artista plástico o escultor y que reúne a artistas conocedores de determinada técnica u obra a fin de compartir lo que conocen al respecto, o bien a los discípulos de dicho artista a fin de aprender del maestro (Cano, 2012; González Cuberes, 1987). En este sentido, los antecedentes teóricos expresan el surgimiento del taller en el contexto de la Edad Media europea, principalmente como una unidad productiva en el marco de la organización de la economía y el trabajo (Cano, 2012; González Cuberes, 1987). Desde estos orígenes, cada taller constituía la unidad productiva de los artesanos quienes se organizaban en gremios. De esta manera, el taller como unidad productiva comprendía un escalafón jerárquico de trabajo que era propiedad de un maestro, cuyos oficiales y aprendices llevaban adelante un trabajo de producción en determinado rubro (Cano, 2012). Asimismo, los estudios refieren que en este contexto el taller presenta características de creación artística, una síntesis de trabajo y aprendizaje, y prácticas organizativas de los artesanos (Cano, 2012; González Cuberes, 1987). De acuerdo con el desarrollo de tales antecedentes, las mismas comprenden características que se configuran siempre vinculadas al carácter productivo del taller.

En relación con los orígenes del taller en el contexto latinoamericano, no se encuentran antecedentes recientes respecto de su surgimiento y conceptualización. Sin embargo, los aportes de Freire (2001) y Ghiso (1999) dan cuenta de experiencias de talleres con diversas poblaciones en distintos territorios de América Latina en las décadas del 60 y 70 asociadas principalmente a la educación. Desde estos antecedentes, Ghiso (1999) señala que el taller es definido como un instrumento válido para la socialización, la transferencia, la apropiación y el desarrollo de conocimientos, actitudes y competencias en forma participativa y pertinente a las necesidades y cultura de quienes participan. El taller en el contexto latinoamericano ha sido ampliamente desarrollado en los estudios vinculados con la pedagogía, la educación popular, la animación sociocultural y el trabajo social (Ghiso, 1999); en ese sentido, desde el trabajo social el taller surge en los países de América Latina en la década del 70 en el marco de la reconceptualización, siendo incorporado en la formación profesional buscando modificar la forma en que se desarrollaban las prácticas de los/as estudiantes (Robles, 2008). De esta manera, el taller surge como una nueva modalidad en oposición a la tradicional educación bancaria donde el aprendizaje es concebido en tanto proceso unidireccional bajo el supuesto de que el estudiante no sabe y que quien enseña como poseedor del saber lo guiará en el proceso de adquisición de información, proceso en el que el modelo vincular que se propone, promueve y reproduce, se asemeja a la relación opresor-oprimido que describe Paulo Freire en su “Pedagogía del Oprimido” (Robles, 2008). En este contexto, el taller surge en un cuestionamiento a un esquema vincular que incorpora la idea de un otro superior con quien identificarse para reproducir así una cadena de sometimientos (Robles, 2008).

Los antecedentes expresan que en nuestra región el espacio de taller ha sido históricamente relacionado con la educación popular (Ghiso, 1999). Desde esta perspectiva se propone como un

proceso de práctica, reflexión y construcción colectiva, un espacio para la praxis transformadora hacia procesos colectivos emancipatorios, en los que hombres y mujeres se formen como sujetos autónomos y críticos a partir de un diálogo que busca romper las jerarquías que reproducen las posiciones dominantes (Freire, 2001).

En relación con los orígenes del taller en el contexto europeo, los antecedentes expresan su configuración principalmente como unidad de trabajo productivo caracterizado por una organización jerárquica en el marco de la organización social económica de la edad media. Mientras que en el contexto latinoamericano los antecedentes disponibles ubican las primeras referencias del taller hacia fines del siglo XX, principalmente vinculado a la educación y orientado a la construcción de un espacio político de pensamiento y acción en el marco de un cuestionamiento a los sentidos y prácticas hegemónicas reproductoras de las relaciones de poder dominantes.

Al respecto, es posible considerar las movilizaciones y asociaciones históricas de las vejees en tanto antecedentes de la creación del taller como dispositivo de intervención social. La revisión histórica permite la construcción de una periodización de la creación y desarrollo del taller como dispositivo de intervención social en el marco de las políticas sociales orientadas a la población mayor, abarcando tres momentos sociohistóricos situados en las décadas del 70, del 80 y del 90 del siglo pasado. En ese sentido, comprende un proceso que deviene en la institucionalización del dispositivo que luego se amplía e implementa en diversas instituciones en el marco de las políticas sociales gerontológicas.

La creación y desarrollo del taller comprende experiencias pioneras en el campo de intervención social gerontológica que expresan diferencias y similitudes. Las diferencias comprenden efectivamente distintos momentos históricos, territorios, poblaciones, y marcos institucionales. En Argentina, las primeras experiencias en la creación e implementación de estos espacios grupales se desarrollaron en el marco institucional del Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados -INSSJP- (más conocido como PAMI) en los inicios de la década del 70, alcanzando la participación de 15.000 personas mayores afiliadas en el área metropolitana de Buenos Aires². Los talleres se originaron a partir de las demandas de las personas mayores en torno a la participación social en el marco de intervenciones sociales que se orientaban al fortalecimiento institucional del área social, expresado como un proceso que organizado “de abajo hacia arriba” (Paola, 1998). A partir de estas primeras experiencias, el taller como dispositivo de intervención social gerontológico se fue ampliando hacia otros marcos institucionales registrando un constante crecimiento desde la década del 80. Esta ampliación se expresó asimismo en la implementación de los talleres con mayores en el marco institucional de un centro de salud provincial. Aunque en esta experiencia no se alcanzó la institucionalización en tanto política social gerontológica, fue implementada en el marco de la política de salud a partir de las demandas de las personas mayores y las iniciativas del equipo profesional (Ludi, 2012). En la década del 90 los talleres comenzaron a implementarse en el primer Centro de Día de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires -CABA- dependiendo del Ministerio de Desarrollo Social de esta ciudad. En este espacio, los talleres se basaron en el despliegue de las intervenciones que se desarrollaban principalmente vinculadas a la alimentación, abarcando aquella población mayor que no contaba con cobertura social. Así también se desarrollaron los talleres a partir de demandas de las personas mayores en torno a la realización de otras actividades, como ejercitar la memoria (Martínez, 2003).

2 El AMBA es la zona urbana común o cordón que conforman la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y un cordón de 40 municipios de la provincia de Buenos Aires. El AMBA abarca la extensión urbana con continuidad poblacional de la región.

Respecto de las similitudes, se trata de procesos que se configuraron en la interrelación entre los sentidos que fundamentaban las prácticas profesionales e institucionales desde la perspectiva de derecho y los sentidos y prácticas de las propias personas mayores en relación con sus demandas y acciones de movilización (Ludi, 2012; Martínez, 2003; Paola, 1998). Así, los procesos de creación del taller como espacio de participación social de las personas mayores comprendieron experiencias pioneras en distintos territorios, instituciones y momentos históricos, impulsadas por los equipos profesionales a partir de demandas de las propias personas mayores. En efecto, las personas mayores han ido conformando organizaciones tanto formales como no formales, fundamentalmente como espacios de encuentro para compartir experiencias tanto como para incidir políticamente en la agenda pública. Se trata de procesos vinculados al fenómeno del envejecimiento demográfico, a la posibilidad de generar espacios de socialización y ocupación del tiempo libre, a la necesidad de organizarse para defender derechos y necesidades, a continuar ocupando un rol activo en la sociedad. Como sostiene la autora, de esta manera se han generado “nuevas prácticas por parte de los viejos, lo que les permite hacer escuchar su voz” (Ludi, 2012: 37).

Es posible considerar que los procesos de construcción del taller como dispositivo de intervención social gerontológico en contextos de desigualdad expresan la participación social de las personas mayores en la disputa de sentidos frente a los viejismos, estereotipos y prejuicios instituidos. Comprende así movimientos instituyentes de nuevas prácticas y sentidos en la creación de una nueva forma institucional. Como plantea Loureau (1987), las instituciones constituyen un movimiento permanente entre lo instituido y lo instituyente, que produce institucionalización en el devenir. El autor propone analizar el concepto a partir de descomponerlo en tres momentos: el momento de la universalidad, el momento de la particularidad y el momento de la singularidad. El momento de la universalidad refiere al momento de la unidad positiva del concepto en tanto normas universales de la sociedad en un nivel abstracto. El momento de la particularidad refiere al momento de negación de ese universal, en tanto deja de serlo en cuanto se encarna en condiciones particulares. El momento de la singularidad constituye el momento que sintetiza los anteriores, en tanto las normas universales no se encarnan directamente en los individuos sino que pasan por la mediación de formas y modos organizacionales singulares.

En el despliegue de los momentos institucionales surgen distintos grupos, como momentos en constante movimiento entre lo instituido y lo instituyente, que pueden ser abordados en tanto grupo-objeto y grupo-sujeto. Como plantea Loureau (1987), “La transversalidad reside en el saber y el no saber del agrupamiento acerca de su polisegmentaridad. Es la condición indispensable para pasar del grupo-objeto al grupo-sujeto” (pp.34). La transversalidad puede ser definida como el fundamento de la acción instituyente en la medida en que toda acción colectiva exige un enfoque dialéctico de la autonomía del agrupamiento y de los límites objetivos de esa autonomía. Como plantean Varela y Kaminsky (1991), el concepto de grupo-objeto refiere a grupos que no conciben para sí otra realidad que aquella propuesta por la institución. Ya sea porque aceptan el instituido sin cuestionamiento alguno o porque oponen un signo negativo identificándose a sí mismos como lo opuesto, ambos se encuentran determinados, constituidos por la institución y nada más que por ella. Como señala Seoane (2015), en los dos casos de grupo-objeto hay negación de la transversalidad constitutiva de todo agrupamiento humano. En cambio, el grupo-sujeto como sujetos de la acción instituyente opera desprendimientos de y hacia las consignas instituidas. Como señalan los autores, si bien soportan -como los otros grupos- las consignas de lo instituido, disponen de la potencia de abrirse a un más allá del grupo, de sí mismos y de la propia institución, promoviendo las formas de gestión de lo distinto. Implica un reconocimiento de su posición, su potencia y los límites, “se apropia de lo existente, conjuga afecciones y compone deseos: grupales, institucionales,

colectivos” (pp. 116). Es la institución la que los convoca, pero son estos grupos los que convocan al movimiento institucional; de esta manera, deviene en elemento de creación institucional. El pasaje de grupo-objeto a sujeto está planteado mediante la transversalidad en tanto el pasaje en diagonal en el cual el grupo atraviesa e intenta superar las determinaciones institucionales en las que está inscripto. Los tipos de grupos deben ser tomados como momentos en tanto se plantea en términos de un complejo de procesos sociales instituidos e instituyentes que ocurren en espacios institucionales. Así, el grupo sometido deviene en sujeto cuando en una situación determinada logra una ruptura con las formas establecidas para pasar a crear una nueva.

En virtud del análisis mencionado, es posible considerar los procesos de construcción del taller como de intervención social gerontológico en contextos de desigualdad en términos de una creación institucional a partir de la relación dialéctica instituido-instituyente en la que los actores implicados en las instituciones se posicionan frente al instituido cuestionando las formas establecidas. En este sentido, es posible considerar que en el contexto de la década del 70, caracterizado por la subjetividad neoliberal y por una profundización de las desigualdades que atravesaban el momento de la vejez, surgieron acciones y experiencias que encontraban en el taller un espacio colectivo de intervención social construyendo e instituyendo un nuevo espacio de participación social de las vejeces. Desde esta perspectiva histórica se propone al taller como un proceso de práctica, reflexión y construcción colectiva, un espacio político para la praxis transformadora hacia procesos colectivos emancipatorios a partir de un diálogo que busca romper las jerarquías que reproducen las posiciones dominantes (Freire, 2001).

Es posible considerar que estas experiencias surgieron como una resistencia latinoamericana orientada hacia la deconstrucción de ese pensamiento hegemónico que produce y reproduce la desigualdad. El taller puede ser concebido como espacio político de profundización, problematización, cuestionamiento y transformación (Robles 2008, Nuñez 1996, Barros 1977).

El taller como dispositivo de intervención social conforma una red las relaciones entre lo verbal y lo no verbal, lo dicho y lo no dicho, los discursos y las prácticas. Como plantea Carballeda (2010), el escenario de intervención es donde confluyen esos componentes y allí se hace presente la intervención como dispositivo; se configura como un conjunto capaz de ser transformado y reordenado, donde la intervención social puede ser una forma de construcción de órdenes diferentes. De manera que es posible pensar la intervención social en términos de deconstrucción de la desigualdad, “donde “intervención” también implica la posibilidad de transformación, de despejar las ataduras de la injusticia en la que se ven sumergidos nuestros países” (Carballeda, 2010:59). Los escenarios actuales, caracterizados por nuevas formas de implementación de políticas neoliberales que producen y profundizan nuevas formas de exclusión, tensionan los espacios en los que se desarrollan los procesos de intervención social. Asimismo, los procesos de envejecimiento no se encuentran aislados, sino que se inscriben en procesos históricos, sociales y políticos más amplios. Es por esto que en los procesos de construcción de la intervención social resulta relevante abordar las expresiones de los procesos macro en el nivel de lo micro, que permita tomar en cuenta las tensiones presentes en los espacios de intervención social.

En virtud de lo antedicho resulta necesario abordar estos procesos en el análisis orientado hacia la construcción de intervenciones situadas social e históricamente y desde una perspectiva de derechos comprometida con la justicia social. La noción de dispositivo de intervención social implica abordar en el análisis, tanto los aspectos objetivos como subjetivos presentes en la situación, de manera que es preciso analizar tanto el ejercicio de las prácticas como los sentidos y concepciones que circulan y se construyen en dicha situación. En este sentido, la problematización de la categoría vejez permite cuestionar los estereotipos negativos hacia las personas mayores que

relacionan el envejecimiento con enfermedad, improductividad y pasividad.

Los procesos de construcción del taller como dispositivo de intervención social con personas mayores en contextos de desigualdad implican la construcción de un espacio tiempo que se orienta hacia la recomposición del lazo social a través de la construcción colectiva de nuevos espacios de inserción, socialización y participación de las personas mayores; procesos en los que circulan sentidos y se construyen procesos intersubjetivos de identidad y pertenencia con un otro. En esta circulación de sentidos se abren las condiciones de posibilidad de construcción de otros lugares de enunciación posibles. De ese modo es posible pensar que los procesos de construcción del taller en conjunto con las personas mayores se relaciona con la construcción de un espacio tiempo en el que circula la problematización y resignificación de los sentidos y prácticas discriminatorias, desnaturalizando los estereotipos negativos y cuestionando las categorías jerárquicas excluyentes, en un movimiento que, a su vez, construye nuevos sentidos y prácticas de socialización, participación y acción colectiva.

Reflexiones finales

Los procesos de construcción del taller como dispositivo de intervención social gerontológico se encuentran situados en el contexto latinoamericano caracterizado por la desigualdad como manifestación de la cuestión social.

La emergencia de la cuestión social en América Latina se encuentra atravesada por una matriz colonial de poder en tanto patrón de poder que emerge a partir de los procesos de la colonización europea en América pero que continúa vigente aún hoy (Quijano, 2007).

La perspectiva decolonial inscribe este desarrollo histórico en el marco de relaciones sociales de poder que van configurando desigualdades a partir de una jerarquización de la población del mundo con base en las categorías de género, raza/etnia, clase social y la edad como ejes de distribución del poder.

Se trata entonces de procesos históricos, sociales, culturales, económicos y políticos en los que se construye un determinado orden social que naturaliza las desigualdades en la vejez a partir de las diferencias en los procesos de envejecimiento y en el momento de habitar la vejez haciendo que ciertas vejezes queden invisibilizadas. Así, el pensamiento de las epistemologías hegemónicas eurocéntricas que fundamentan estas categorías jerárquicas se impone en tanto única visión legítima para ver y entender el mundo. Con la complejización de las sociedades y el proceso de consolidación del sistema capitalista esta estructura de pensamiento único, vinculada a la implementación de formas capitalistas patriarcales, construyó la vejez en términos homogéneos y asociada a estereotipos negativos como improductiva, pasiva, convirtiéndola en un obstáculo para el progreso y, por lo tanto, naturalizando su expulsión de los medios productivos. A su vez, este pensamiento construye prácticas y procesos intersubjetivos en los que circulan estas construcciones de sentido en torno a las vejezes que se extienden a la vida social en su conjunto, expulsando las vejezes de diversos espacios sociales de participación y de toma de decisiones, espacios en los que se construyen procesos de identidad y pertenencia.

Las políticas neoliberales implementadas en el período iniciado en la década del 70 y profundizadas en los 90 se basaron en un sentido mercantilista de la vejez, imponiendo un nuevo orden individualista y meritocrático de la vejez en el que los espacios de participación social de las personas mayores entran en crisis produciendo la exclusión de ciertas vejezes del proceso social. En un contexto de crecimiento del proceso de envejecimiento poblacional y de profundización de

las desigualdades, las personas mayores desarrollan diversas acciones que se orientan hacia la búsqueda de construcción de diversas formas de participación social visibilizando la diversidad de formas de habitar la vejez y poniendo en cuestión los sentidos hegemónicos asociados a la vejez. En este sentido, la participación en el proceso social de las personas mayores no puede ser reducido a la idea de un sujeto activo en la juventud y pasivo en la vejez como instancias estáticas y aisladas de la historicidad, sino que se trata de procesos sociohistóricos y culturales, conformando procesos de envejecimiento que atraviesan la vida en sociedad en su conjunto y que van produciendo y reproduciendo en la sociedad a través de las disputas de sentidos y significados.

De manera que desde la perspectiva de la intervención social como proceso histórico es posible dar cuenta, comprender y analizar no solo las acumulaciones de desventajas y derechos negados en los procesos de envejecimiento que configuran las desigualdades en las vejezes, sino también las voces silenciadas, sentidos, prácticas y estrategias de resistencia que despliegan las personas mayores frente a estas desigualdades, desde las cuales se abren nuevos procesos en la construcción de intervenciones sociales. Asimismo, la perspectiva decolonial abre reflexiones en torno a la construcción colectiva de procesos de intervención social que visibilicen y recuperen la voz, la diversidad y la participación de las personas mayores en la construcción de otros sentidos, hacia la transformación de las desigualdades.

Es posible considerar la creación del taller -en tanto dispositivo de intervención social- en términos de procesos que se orientan a la búsqueda de construcción de órdenes diferentes, de alternativas frente a la invisibilización y negación de su participación en el proceso social. En este sentido, la vinculación entre las instituciones y la producción de subjetividades que circulan en el lazo social configuran las condiciones en las que la sociedad aloja a los sujetos y los discursos bajo los que organiza esos alojamientos que se materializan en los dispositivos institucionales. En este proceso, el lazo social se pone en tensión cuando entran en crisis los dispositivos que aseguraban la cohesión social. En efecto, las tensiones se expresan en la dinámica entre la configuración de nuevas expresiones de la cuestión social excluyendo las vejezes de diversos espacios de participación social y la configuración de nuevas prácticas orientadas a la recomposición del lazo social configurando un campo de disputa de sentidos y prácticas. Así, en el lazo social en tanto circulación de intersubjetividades también se abren condiciones de construcción de nuevos posibles. En este sentido, es posible considerar los dispositivos institucionales como productores de sujetos y subjetividades, a la vez que los sujetos producen instituciones y subjetividades en virtud de lo cual es posible considerar que las instituciones son creadas y recreadas en estos procesos históricos sociales en los que van produciendo alojamiento y desalojamientos en torno a los sentidos y prácticas que las fundamentan y legitiman, en un movimiento permanente que se inscribe en procesos de disputas de sentidos en la configuración de procesos subjetivos y del lazo social.

Los procesos de construcción del taller como dispositivo de intervención social gerontológico se vinculan con configuraciones de relaciones sociales en la disputa de sentidos sobre el envejecimiento y la vejez con implicancias en el cuestionamiento de un orden social naturalmente dado. El análisis desde la perspectiva histórica permite considerar que los procesos de creación del taller como espacio de participación social de las personas mayores comprenden experiencias pioneras en las intervenciones sociales gerontológicas situadas en distintos territorios, instituciones y momentos históricos, pero que son impulsadas a partir de demandas y acciones de movilización de las propias personas mayores movilización (Ludi, 2012; Martínez, 2003; Paola, 1998); comprende así movimientos instituyentes de nuevas prácticas y sentidos en la creación de una nueva forma institucional.

Los procesos de construcción del taller como dispositivo de intervención social con personas mayores en contextos de desigualdad implican la construcción colectiva de un espacio tiempo que se orienta hacia la recomposición del lazo social a través de la construcción colectiva de nuevos espacios de inserción, socialización y participación de las personas mayores, procesos en los que circulan sentidos, se construyen procesos intersubjetivos de identidad y pertenencia con un otro.

En esa circulación de sentidos se abren las condiciones de posibilidad de construcción de otros lugares de enunciación a partir de lo cual es posible pensar la relación entre los procesos de construcción del taller en conjunto con las personas mayores y la construcción de un espacio tiempo en el que circula la problematización y resignificación de los sentidos y prácticas discriminatorias, desnaturalizando los estereotipos negativos y cuestionando las categorías jerárquicas excluyentes en un movimiento que, a su vez, construye nuevos sentidos y prácticas de socialización, participación y acción colectiva.

Bibliografía

Ansaldi, W. (1992) “Cuestión de piel. Racialismo y legitimidad política en el orden oligárquico latinoamericano” en Calidoscopio Latinoamericano. Imágenes históricas para un debate vigente.

Barros, N. y otros. (1977). El Taller. Integración de teoría y práctica. Edit. Lumen-Hvmanitas. Buenos Aires.

Brah, A. (2013) “Pensando en y a través de la interseccionalidad”, en M. Zapata, S. García, J. Chan (eds.), La interseccionalidad en debate. Actas del Congreso Internacional “Indicadores interseccionales y Medidas de Inclusión Social en Instituciones de Educación superior”, Berlín, Freie Universität Berlin, pp. 14-20.

Cano, A. (2012) “La metodología de taller en los procesos de educación popular”. Universidad Nacional de La Plata - Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Centro Interdisciplinario de Metodología de las Ciencias Sociales. Red Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales. Revista disponible en: <http://www.relmeccs.fahce.unlp.edu.ar/>

Carballeda, A. (2010) “La cuestión social como cuestión nacional, una mirada genealógica”, en Dossier Ser o no Ser Nacional, Revista Ciencias Sociales N°76/UBA.

----- (2008) “La intervención en lo social, las problemáticas sociales complejas y las políticas públicas”. En Portal Margen, disponible en: <https://www.margen.org/carballeda/Problematicas%20sociales.pdf>

Danani, C. (2009): La gestión de la política social: un intento de aportar a su problematización. En: Chiara, M. y Di Virgilio, M. (comp.): Gestión de la política social. Conceptos y herramientas, Prometeo – UNGS, Buenos Aires

De Sousa Santos, B. (2011) “Introducción: las epistemologías del Sur”. Ponencia presentada en el Foro Social Mundial.

Dussel, E. (1994) “1492: el encubrimiento del otro: el origen del mito de la modernidad. UMSA, La Paz.

Freire, P. (2001). Pedagogía de la indignación. Madrid: Morata.

Garretón, M. (2001) Cambios sociales, actores y acción colectiva en América Latina. Serie

Políticas Sociales N° 56-CEPAL. Págs. 1-23. Santiago de Chile.

García Godoy, B. (2016) Ficha de cátedra sobre Actor Social. Cátedra de Intervención I. Universidad Arturo Jauretche.

Ghiso, A. (1999) “Acercamientos: el taller en procesos de investigación interactivos”. Estudios sobre las Culturas Contemporáneas, vol. V, núm. 9, junio, 1999, pp. 141-153. Universidad de Colima. Colima, México.

Gonzalez Cuberes, M. T. (1987). El Taller de los Talleres. Edit. Estrada. Buenos Aires.

Jauretche, A. (1992) La colonización pedagógica y otros ensayos. CEAL, Buenos Aires. Capítulo 2.

Kaminsky, G.; Varela, C. (1991) El espacio institucional. Lugar Editorial. Buenos Aires

Loureau, R. (1987) El análisis institucional. Buenos Aires: Amorrortu

Ludi, M. C. (2015) “Envejecimiento y espacios grupales”. Cap. 2 Procesos de Envejecimiento y espacio socio educativos culturales Pp. 37 - 64. Espacio Editorial. Buenos Aires.

Ludi, M.C. (2012). Claves, problemáticas y desafíos para Trabajo Social en el campo de la Vejez. En Reflexiones en torno al Trabajo Social en el Campo Gerontológico. Buenos Aires. UBA.

Martínez, L. (2003). Una mirada a la evolución histórica de los Centros de día. En: Construyendo el Trabajo Social con Adultos Mayores. Realidad y análisis de los Centros de Día. Editorial Espacio. Buenos Aires.

Mignolo, W. (2010) “Desobediencia Epistémica (II), Pensamiento Independiente y Libertad Decolonial”, en Otros Logos. Revista de estudios críticos, Neuquén, Centro de Estudios y Actualización en Pensamiento Político, Decolonialidad e Interculturalidad, Universidad Nacional del Comahue, Año I, Nro. I.

Mera, G; Vaccotti, L. (2013) Migración y déficit habitacional en la Ciudad de Buenos Aires: resignificando el “problema” Argumentos. Revista de crítica social. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Buenos Aires.

Monk, A. (1997). Actualización en Gerontología. AGA - Asociación Gerontológica Argentina. Bs. As.

Núñez, C. (1996). Educar para transformar, transformar para educar. Edit. Lumen-Hvmanitas. Buenos Aires.

Paola, J (1998). Aportes del Trabajo Social a la construcción del pensamiento gerontológico en nuestro medio. Boletín Informativo del Consejo profesional Año 7 N° 22.

Quijano, A. (2007) “Colonialidad del Poder y clasificación social”. En: El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global. Santiago Castro Gómez y Ramón Grosfoguel (Ed.). Siglo del Hombre Editores, Bogotá

Reygadas, L. (2015). Más allá de la legitimación. Cinco procesos simbólicos en la construcción de la igualdad y la desigualdad. En Mayarí Castillo y Claudia Maldonado (eds.) Desigualdades. Tolerancia, legitimación y conflicto en las sociedades latinoamericanas. Santiago de Chile, RIL Editores. Pp. 39-68.

Robles, C. (2008) El Taller como modalidad operativa grupal. Ficha de cátedra. Asignatura: Taller I. Carrera de Trabajo Social. Universidad de Buenos Aires.

Sales Gelabert, T. (2017). Repensando la interseccionalidad desde la teoría feminista. *Agora: Papeles De Filosofía*, 36(2). <https://doi.org/10.15304/ag.36.2.3711>

Seoane, I; Lonigro, S. (2015) Lazo social y procesos de subjetivación, reflexiones desde la época. Cap: Malestar de época. Tensiones en la construcción del lazo social. La Plata: EDULP. Disponible en <http://sedici.unlp.edu.ar>.

Stavenhagen, R. (2010) Los pueblos originarios: el debate necesario. CLACSO. Buenos Aires.

Svampa M. (2006) El dilema argentino: Civilización o Barbarie, Taurus-Alfaguara. Buenos Aires. Cap.1 y 2

Wood, S. (2022). Intervención social con personas mayores en contextos de desigualdad. Un estudio sobre el dispositivo del taller. En: Evidencias internacionales de trabajo social en gerontología: el ámbito comunitario / coordinadores: Graciela Casas Torres, Marcelo Piña Morán. Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Trabajo Social. México. Pp. 114-132

Yuni, J (2015) “Perspectivas críticas acerca de la construcción social de la vejez y las intervenciones socio-culturales”. Capítulo 16. En *Más mayores, más derechos: diálogos interdisciplinarios sobre vejez*. Compilado por Jorge Pedro Paola; María Nair Tordó ; Paula Mara Danel. - 1a ed. - La Plata: EDULP, 2015. E-Book.

Yuni, J. (2009) La educación para personas mayores: ¿una forma de afirmación positiva del derecho a la educación? Facultad de Ciencias Sociales. UNER.

Yuval-Davis, N. (2013). Más allá de la dicotomía y la redistribución. En Zapata, M., García, S., Chan J., (eds.), *La interseccionalidad en debate. Actas del Congreso Internacional “Indicadores interseccionales y Medidas de Inclusión Social en Instituciones de Educación superior”*, Berlín, Freie Universität Berlin, pp. 21-34

Zapata, M., García, S., Chan J. “La interseccionalidad en debate”. Introducción. Actas del Congreso Internacional “Indicadores interseccionales y Medidas de Inclusión Social en Instituciones de Educación superior”, Berlín, Freie Universität Berlin, 2013, pp. 7-12.